

ALEJANDRO SCHROEDER

(1890 - 1954)

Dr. Alejandro Schroeder

A pesar de que en calidad de hijo es muy difícil realizar una biografía exenta de contenido subjetivo, voy a tratar de ser lo más objetivo posible en la elaboración de la misma, hecho que me lo permite el haber acompañado su tarea profesional muchos años, de los cuales he extraído datos bibliográficos totalmente desconocidos hasta el momento actual.

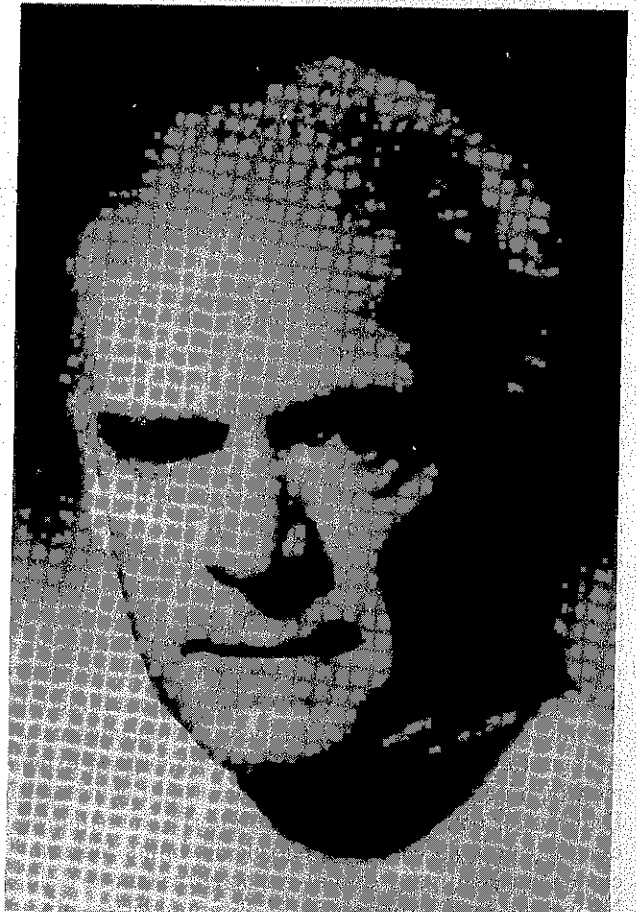
Fue Practicante interno por concurso de oposición, realizando una rica experiencia en el aspecto médico y también quirúrgico, siendo con mucha frecuencia ayudante de dos grandes cirujanos generales como Albo e Iraola.

Posteriormente Jefe de Laboratorio del Prof. Pouey.

Después de graduado fue Jefe de Laboratorio de Histología por concurso, siendo nombrado en el año 1924, Profesor de Histología por el Consejo de la Facultad. Este cargo lo desempeñó durante muchos años y ejercía la docencia en la Facultad de Medicina y Odontología.

En el año 1925 parte para Europa en usufructo de una beca, concedida por su escolaridad, con la misión de la Facultad de estudiar la enseñanza de la Histología normal y patológica del sistema nervioso. Es notable destacar aquí, que tanto en su etapa de Profesor de Histología como en su misión a Europa, la meta final era llegar a formarse en Neurología; tanto es así que en su gran colección de diapositivos que dejó en la Cátedra de Histología, una gran mayoría eran dedicados al sistema nervioso; y en su viaje, el objetivo final era entrar en contacto con personalidades de primera línea en el ámbito neurológico en Europa en ese momento. En Mayo de 1925 parte para Europa con toda la familia (señora y cinco hijos), y su primera escala es en Hamburgo, donde visita a Nonne, figura prominente en la neurología y psiquiatría de la escuela alemana. En su primera visita al Prof. Nonne, le manifiesta su deseo de formarse en la disciplina neurológica y éste le pregunta: "Ha hecho Ud.

anatomía patológica del sistema nervioso?". Como mi padre le contestara que en su país no había tenido la oportunidad de hacer bien anatomía patológica del sistema nervioso, Nonne le dijo: "Entonces Ud. tiene que hacer primero anatomía patológica y después Neurología". Y le recomienda por una carta personal al Prof. Alfonso Jakob, donde durante 6 a 8 meses se dedicó intensivamente a anatomía patológica del sistema nervioso. Vuelve nuevamente al Servicio del



Prof. Dr. Alejandro Schroeder

Prof. Nonne en Hamburgo, donde permanece casi un año. Desde Hamburgo inicia un viaje a través de toda Europa, visitando al Prof. Vogt en Berlín (famoso anatomopatólogo alemán); al Prof. Guillain en París y al Prof. Río Hortega en Madrid. Finalmente encuentra al Prof. O. Foester en Breslau, junto al cual permaneció casi durante un año. En realidad, ésta fué su escala más provechosa, ya que encontró en él a un gran maestro en el amplio sentido de la palabra, con una profunda formación neurológica y neurofisiológica. El, que era fundamentalmente un neurólogo, había empezado a realizar actos neuroquirúrgicos, con anestesia local, para así obtener las respuestas de los pacientes cuando estimulaba determinadas áreas o zonas del sistema nervioso; de esta manera se elaboró, junto con Vogt, el primer mapa de localizaciones cerebrales corticales en el año 1916. Según le oí decir muchas veces a mi padre, el encuentro con Foester fué el gran hallazgo para su formación neurológica y de gran trascendencia en su orientación ulterior. En ese momento, afluían a la clínica de Foester médicos de toda Europa y Estados Unidos de América, y era el consultante neurológico de toda Europa, inclusive de Rusia en esa época.

En su estadía en la clínica de Foester, donde gozó de una gran deferencia de parte del mismo Foester, publicó un trabajo sobre cito-arquitectura de la corteza cerebral humana, que fue incluido en la obra sobre Neurología publicada por Bumke y Foester, en el año 1932, que contiene 20 tomos.

De vuelta al Uruguay a fines de 1928, incorpora a su vida profesional la riquísima experiencia neurológica adquirida y se fija como meta definitiva su aspiración a la Cátedra de Neurología. Como anécdota de sus primeras experiencias neurológicas, puedo citar una de real interés: como es común a la vuelta de un viaje de estudios, fue llamado a múltiples consultas y dentro de ellas fue llamado por el Dr. Pastorino por una paciente joven (18 años), residente en Colón, que desde hacía dos años estaba lisiada en cama por una paraplegia. Ante gran expectativa de numerosos familiares realizó el examen neurológico con gran cuidado, no hallando ningún elemento de organicidad; ante esta comprobación, lo volvió a repetir con resultado totalmente negativo; entonces pensando en una paraplegia histérica, se paró a los pies de la cama y con voz imperativa le dijo a la paciente: fulana, levántese! y con gran sorpresa de todos los presentes, la enferma que hacía dos años que estaba recluida en la cama sin poder caminar, se incorporó en la cama y se levantó. El decía que había recogido la gran experiencia obtenida en la Clínica del Prof. Nonne en Hamburgo, donde después de la guerra, los cuadros de este tipo eran comunes, en relación a las reclamaciones por seguros, y que al verlos entrar en la Sala, Nonne con gran experiencia en el tema, ya los adivinaba y los recibía con gritos y recriminaciones en voz

alta, lo que hacía que muchos pacientes ya mejoraran de entrada.

Y mientras cursaba el tiempo en procura de su futura Cátedra Neurológica, realizaba su tarea privada en el área fundamentalmente neurológica y asistía a las clínicas generales de los Hospitales Maciel Pasteur, viendo los enfermos neurológicos y en casos de pacientes neuroquirúrgicos, hacía el diagnóstico clínico y paraclínico (en aquel tiempo sólo Mielografía y Neumoencefalografía), y se los entregaba a los cirujanos generales.

Y en una de esas oportunidades surge un hecho fundamental en su orientación posterior: hace el diagnóstico de una compresión medular, presumiblemente tumoral en una joven paciente; y como siempre lo hacía, él mismo asistía a la operación que realizaba un gran cirujano general de aquella época, y en el momento de realizar la laminectomía, al cirujano se le resbala la gubia y golpea fuertemente la médula. La operación siguió y se extrajo el tumor medular, pero como era de prever, la paciente quedó con una paraplegia total definitiva como consecuencia del golpe con la gubia y falleció tiempo después con todas las complicaciones de una sección medular completa. Entonces el Prof. Schroeder toma una decisión fundamental y posiblemente ignorada: si esto es lo que puede hacer un cirujano general, de aquí en adelante los voy a operar yo. Y así nace repentinamente y en forma totalmente accidental su actividad neuroquirúrgica; seguramente en su subconsciente influyó la gran experiencia vivida junto a Foester en Breslau.

Es interesante mencionar que en aquel momento, varios cirujanos generales quisieron iniciarse en la disciplina neuroquirúrgica, pero casi todos ellos sucumbieron ante el desánimo. Sólo dos cirujanos generales perseveraron en su doble disciplina, aunque algún tiempo después: el Prof. Vigil Sónora y posteriormente el Prof. Palma.

En Agosto de 1932 cursa una nota al Consejo de la Facultad de Medicina solicitando el derecho al Concurso de Oposición, para acceder a la Cátedra de Neurología, haciendo una detallada relación de méritos. La Facultad le argumentó que no tenía ningún libro publicado. Y frente a esta contestación, decide en una labor titánica, publicar ese libro, que le insufló 10 días en tarea continuada con sus colaboradores, entre los cuales figuraba como brazo derecho el Sr. Enrique Faraldo, que ya era viejo colaborador de él en la Cátedra de Histología, pasando luego a ser su gran colaborador privado. Su texto fue: "La cito-arquitectura de la corteza cerebral en el hombre", tema en el cual había trabajado intensamente en su estadía en la Clínica de Foester, y que mereció ser publicado en el gran tratado de Neurología de Bumke y Foester.

Finalmente el Consejo de la Facultad lo nombra Profesor de Neurología y Director del Instituto de Neurología en el año 1937.

El Instituto pasó a funcionar en el Hospital Maciel donde había nacido con la Dirección del Prof. Ricaldoni, y que a la muerte de él quedó prácticamente desmantelado después de varios años de acefalía. Contaba con la Sala Ricaldoni para las mujeres y Lavalleja en la planta baja para hombres; y en el momento inicial prácticamente nada más. Pero desde el comienzo, si bien la planta física no significaba nada, en su concepción fue visionaria, ya que conjugó dentro de la misma clínica la disciplina neurológica y a la vez la neuroquirúrgica, siendo en esta orientación única en América Latina y pionera en cuanto a su actividad neurológica por un lado y neuroquirúrgica por otro.

La actividad neurológica fue considerada desde el comienzo como la espina vertebral del Instituto y fue la más accesible a su inmediato desarrollo, ya que no exigía estructuras físicas mayores. Contó desde el comienzo con el entusiasmo y dedicación del Dr. Bernardino Rodríguez, que había sido uno de los sobrevivientes del naufragio del Instituto de Ricaldoni y que acogía con singular alegría la nueva resurrección del Instituto. Se inicia así la clínica neurológica y la difusión de la disciplina en el ambiente médico nacional. Muy pronto, nacen los Ateneos del Instituto, que se hacían semanalmente, y al no haber sitio disponible, se empezaron realizando en un cuarto del sótano del viejo Hospital Maciel, que a su vez oficiaba de archivo clínico. Para su mayor difusión de la disciplina neurológica, se realizaba una clase clínica semanal en el anfiteatro cedido gentilmente por el Prof. García Otero y al cual asistían además del personal del Instituto, el Prof. García Otero y sus colaboradores y personal docente de otras clínicas y estudiantes.

Muy pronto se fueron llamando los cargos docentes correspondientes en el ámbito neurológico y el Instituto se fué poblando de jóvenes valores que posteriormente todos brillaron en el medio de la Medicina Nacional; y así se suceden Castells, Gomensoro, Dra. Bottinelli, Gonzalo Fernández, Dr. Mendilaharsu y Cécica Mendilaharsu, Defféminis, Dra. Negrotto, C. Avellanal, Kempis Vidal, Fortunato Ramírez, Soriano y muchos otros.

Desde el comienzo el Prof. Schroeder, siguiendo la línea iniciada por el Prof. Ricaldoni, se preocupó de poner en marcha todas las ramas colaterales a la disciplina neurológica. Y la primera que se pone en marcha es la anatomía patológica, que desde su inicio y por muchos años estuvo brillantemente desempeñada por el Dr. Medoc. Su colaboración fue fundamental, ya que era autopsista del Hospital Maciel y por lo tanto disponía de los elementos indispensables para realizarla. Así nace el Laboratorio de Anatomía Patológica,

que era una pequeña pieza frente a la Sala Navarro, y donde se hacía la histología y se archivaban las piezas de anatomía patológica; y así también se inician los ateneos anatomoclínicos donde al mismo tiempo que se mostraba la historia clínica, se mostraban los hallazgos anatomopatológicos. Es interesante destacar que durante un largo período se conseguían un alto porcentaje de autopsias neurológicas.

Paralelamente se pone en marcha la Electroencefalografía, técnica en ese momento fundamental como auxiliar de la clínica. Fue la más laboriosa, porque exigía aparatos (aún en ese momento costosos), local y un técnico capaz de dirigirlo. Fue así que el Prof. Schroeder eligió al Dr. Fuster para encargarse de él, y que en ese momento trabajaba como técnico auxiliar en la clínica del Prof. Cassinoni, en la sección Electrología del Hospital Maciel. Le costea personalmente un curso de aprendizaje en Buenos Aires, y posteriormente comienza la etapa primordial, de conseguir aparatos. Se hizo un primer intento de fabricación nacional que no resultó; y posteriormente con ayuda de colaboradores privados y de la Facultad, se consigue el aparato importado americano con el cual se empezó a trabajar en un local precario, provisorio del Hospital Maciel. Así empezó la Electroencefalografía en el Instituto y en el Uruguay, en la cual Fuster fué pionero, y posteriormente figura de primera magnitud en su ramo en toda América. Poco tiempo después de su inicio, el Dr. Fuster realiza un viaje a Estados Unidos, permaneciendo casi un año junto a los Dres. Gibbs, figuras de primera línea en la Electroencefalografía universal.

En el laboratorio clínico se contó con la colaboración de la Srta. Balea (Química), que se hizo experta en el estudio exhaustivo del líquido cefalorraquídeo.

Desde muy temprano tuvo la preocupación del mejoramiento del área radiológica de la especialidad, para lo cual eligió para colaborar al Dr. Azambuja, entonces orientado a radiología general. Este concurría a los ateneos del Instituto y participaba en los comentarios del material radiológico. Posteriormente el Dr. Azambuja se especializó en Neuroradiología, para lo cual viajó a Suecia, escuela de primera línea en ese momento, alcanzando posteriormente amplia notoriedad en el ámbito nacional e internacional.

Se completó el asesoramiento paraneurológico con el nombramiento de muchos colaboradores honorarios de gran prestigio: Dres. Clemente Estable, Benatti, Norris Surraco, Julio Ma. Sosa; de los Dres. Isola, Elías Regules (h), Amargós, Más de Ayala, etc.

La actividad neuroquirúrgica fue mucho más difícil de poner en marcha, ya que exigía indefectiblemente un local apropiado (sala de operaciones), instrumental quirúrgico especializado, ya en ese mo-

mento muy costoso, y técnicas auxiliares, sobre todo neumocéfalocefalografía, ventriculografía, mielografía y posteriormente arteriografía. Todo eso requería muchos medios y además una fortaleza física y espiritual para soportar larguísimas jornadas operatorias, muchas veces sin éxito en la lucha por la vida del paciente. En este aspecto, el Prof. Schroeder fue incansable y nos dio ejemplo y coraje a todos los que lo acompañábamos.

De todas maneras, el comienzo se hizo, aunque precariamente, con instrumental adquirido por vía personal por el Prof. Schroeder. Se empezaron las primeras operaciones en Servicio de Puerta del Hospital Maciel y los exámenes radiológicos se hacían en el Servicio de Radiología del Hospital y en los cuales el Dr. Caubarrère, entonces Director del Servicio, los realizaba personalmente. Muy pronto la donación de Zacarías Saralegui se hizo efectiva en el Instituto y ayudó mucho a solucionar muchas carencias, sobre todo en el área neuroquirúrgica. Además coincidieron con esta donación, contribuciones de amigos personales del Prof. Schroeder. Así se inicia la Sala de Operaciones y Laboratorio de Electroencefalografía, para los cuales se dispuso de una parte de la Sala Ricaldóni. Allí se construyó una pequeña sala de operaciones donde se disponía de todo lo necesario, incluyendo esterilización y sala de revelado de placas. Esta sala se aisló totalmente con malla de cobre para poder realizar electroencefalogramas intraoperatorios sin interferencias de afuera. Se completó el instrumental en su gran mayoría adquirido por el Prof. Schroeder y se empezó a operar regularmente. La anestesia en sus comienzos se hizo solamente local y muy ocasionalmente se completaba con pequeñas dosis de Pentotal inyectado muy lentamente, cuando el paciente lo exigía. Muy pronto entró en vigencia también en neurología, la anestesia general, previa intubación del paciente, función que desempeñó brillantemente y durante muchos años el Dr. Villar. Como hecho anecdótico: un día usando el éter como anestésico y compresas enjugadas en alcohol rodeando el colgajo de cráneo, al usar el bisturí eléctrico, tomaron fuego las compresas y luego con el vapor del éter, se propagó al sistema tubular de anestesia y al paciente. El Dr. Villar, en un gesto de gran lucidez y coraje, arrancó todos los campos del enfermo, cerró el éter y cubriendo la cabeza del paciente con campos secos, apagó todo, prendiéndose fuego él, que salió corriendo de la Sala de Operaciones y en una Sala vecina se cubrió con frazadas de una de las camas, salvándose la vida pero quedando con importantes quemaduras sobre todo en uno de los brazos, que obligó a tratamiento médico prolongado. Este episodio le valió un merecido homenaje en el propio Hospital Maciel posteriormente.

La tarea neuroquirúrgica se hizo cada vez más regular y disciplinada técnicamente, pero cada tanto

sentía la influencia de la falta de medios: para coagulación intraoperatoria y en el parénquima cerebral, se usaba regularmente el gel-foam, producto importado y ya en ese momento costoso. Como empleo era de rutina, en varias ocasiones se hacía difícil conseguirlo. Su sustituto habitual era el músculo obtenido del colgajo del propio paciente; pero en alguna ocasión, en que se sospechaba un sangrado importante y ante la falta de gel-foam, se procedía a cazar una paloma en la azotea del Hospital (que era muy abundantes), se le disecaba la pechuga, se esterilizaba y ese músculo se usaba como hemostático local con muy buen resultado.

Los colaboradores quirúrgicos en esa primera etapa debieron improvisarse, ya que no existía ninguno con esa orientación, que recién nacía. Así se apeló a los propios integrantes, dentro de los cuales cumplió esa función como ayudante casi regular el Dr. Medoc. Asimismo, desfilaron casi todos los integrantes con excepción del Dr. Bernardino Rodríguez, que sentía una verdadera alergia por la Sala de Operaciones.

A comienzos del año 1944 se incorpora al Instituto el Prof. Arana, que era Profesor Agregado de Medicina, quien a pesar de su primitiva orientación en medicina general, pasó al Instituto, ya con una decidida orientación neurológica y sobre todo neuroquirúrgica. En el año 1945 Arana viaja a Estados Unidos para formarse definitivamente en la disciplina neuroquirúrgica permaneciendo casi dos años en la clínica de Prof. Percival Bayley, volviendo al Instituto en Mayo de 1947. Desde ese momento se constituye en el ayudante regular del Prof. Schroeder y posteriormente también como cirujano.

En 1946 el Prof. Schroeder viaja a los Estados Unidos de América, en misión de la Facultad, para estudiar los últimos adelantos en el campo neuroquirúrgico en ese país. Viajó por espacio de tres meses, permaneciendo la mayor parte del tiempo con el Prof. Poppen, en Boston; en ese momento sin lugar a dudas el neurocirujano de mayor prestigio en su medio y en el extranjero. Posteriormente el mismo Poppen visitó nuestro Instituto y tuvimos oportunidad de verlo operar en el Hospital Maciel (qué épocas!), en el Servicio del Prof. Prat y donde tuvimos oportunidad de comprobar sus dotes excepcionales de cirujano.

En el año 1949 me incorporo al Instituto, como ayudante de anatomía patológica, como colaborador de Medoc, previo concurso de oposición, y a pesar de que el cargo era de anatomopatólogo, comencé a colaborar permanentemente en la tarea neuroquirúrgica, función que desempeñé durante años, hasta la desaparición de mi padre, pasando a ser después mi orientación definitiva. Posteriormente se incorporan como ayudantes quirúrgicos los Dres. García Güelfi, Ma. Teresa Sande y el Dr. San Julián.

Desde muy temprano se tuvo la inquietud de la divulgación de la especialidad y se reanudó la publicación de Anales del Instituto de Neurología, cuyo primer volumen había salido poco antes de la muerte del Prof. Ricaldoni.

Con la misma inquietud, se funda en el año 1949 la Sociedad de Neurología y Neurocirugía, donde empezaron a presentarse las experiencias neurológicas y neuroquirúrgicas del Instituto. Esta Sociedad ha mantenido desde entonces una vida particularmente activa tanto en el plano nacional como internacional.

En Noviembre de 1945 se inician los Congresos Sudamericanos de Neurocirugía, en los cuales encontró una estrechísima colaboración de los Prof. Paglioli de Porto Alegre y Babbini de Rosario, Argentina, y posteriormente del Prof. Asenjo de Chile. Estos Congresos que se iniciaron en Montevideo, posteriormente se fueron realizando regularmente cada 2 años, en cada oportunidad en un país sudamericano distinto, y se han mantenido con gran firmeza hasta el momento actual, aunque ampliando su área, ya que posteriormente se pasaron a llamar Latinoamericanos.

Pasados los diez años de su iniciación bajo el mando del Prof. Schroeder, el Instituto ya alcanzaba su madurez, con todo su personal neurológico docente en plena siembra, la seccional de neurocirugía trabajando a buen ritmo y con buen nivel técnico, todas las seccionales funcionando regularmente y en el ámbito internacional, sobre todo sudamericano, alcanzando una evidente supremacía fundamentalmente por su condición de Instituto Neurológico multidisciplinario.

Muy pronto, a través de publicaciones y de asistencia a Congresos Internacionales de sus integrantes, el Instituto alcanzó prestigio fuera del área sudamericana.

Pero era evidente que el Instituto en su pujante crecimiento iba necesitando una estructura física mucho más importante. Y así en los últimos años de su mandato se empezaba a hablar del traslado del mismo al Hospital de Clínicas, donde el Instituto iba a disponer de todo el segundo piso. El Prof. Schroeder que había vivido intensamente todas las penurias en el viejo Hospital Maciel, sabía lo que podía significar el traslado a un local de esa naturaleza; y con cierta frecuencia y generalmente ante la visita de invitados extranjeros, realizaba la visita al Hospital de Clínicas, todavía sin terminar, para mostrarles con orgullo a los extranjeros el futuro local del Instituto. Pero lamentablemente no tuvo la dicha de verse instalado en su nueva casa, pues tiempo antes de que se inaugurara cayó enfermo y prácticamente no se reintegró más al Instituto.

El Prof. Schroeder puso un enorme capital de su vida en el Instituto, tanto en lo físico, como en lo afectivo. Le entregó a él, a sus enfermos, a sus integrantes un infatigable calor humano: muchas veces todos le oíamos decir que para él, el Instituto era su segunda familia. Y en sus larguísimas horas de enfermedad, frecuentemente hablaba conmigo sobre la vida del Instituto, sus integrantes y su preocupación de que al retirarse él, que tanto había bregado por la unidad humana, ésta se fuera a perder y junto con ella sin percibirlo también se perdiera la vida propia del Instituto, que tanto le había costado a él forjar.